LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 10

¡JEN Y EL DADO DESAPARECIDO!

UNA NOCHE DE JUEGOS BAJO SOSPECHA



Basado en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 10

¡Jen y el dado desaparecido!

UNA NOCHE DE JUEGOS BAJO SOSPECHA

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - El sexto punto



La noche de juegos transcurría en paz hasta que Jen quiso tirar el dado.

Sobre la mesa había un tablero de aventuras, cartas, fichas, dos cajas de pizza y cinco vasos. Un instante antes, el dado blanco todavía descansaba junto al tablero, inocente, anguloso y estadísticamente fiable.

Ahora había desaparecido.

Jen levantó las cartas. Miró bajo el reglamento, bajo las servilletas e incluso bajo el trozo de pizza que Roxy llevaba diez minutos diciendo que se comería «ahora mismo».

Nada.

En el lugar donde había estado el dado solo quedaba una marca redonda en el polvo de migas. Que un objeto cúbico hubiese dejado una huella circular hizo que el caso resultara sospechoso de inmediato.

«¿Lo ha cogido alguien?», preguntó Ruby.

Todas lo negaron.

Pinky estaba sentada en el alféizar, lavándose una pata.

Jen se bajó un poco más el gorro. Jugando era competitiva. Investigando, según acababa de descubrir, también.

«Nadie se mueve de la mesa», dijo.

Mina levantó el cacao. «Yo estoy en el sofá».

«Nadie sale de la habitación».

«Mejor».

Jen dejó su cuaderno junto al tablero.

La velada tranquila había terminado. La comisión de investigación inició sus trabajos.

I. Las sospechosas

Había seis personas presentes y, por tanto, según la primera estimación de Jen, seis sospechosas.

Lena tenía un móvil. Ocupaba el último puesto y necesitaba un seis para cruzar el puerto de montaña. Roxy había tenido ocasión; se había agachado bajo la mesa para recoger una aceituna. Nika poseía habilidades técnicas y negó que fuesen relevantes para un dado analógico, cosa que Jen anotó por precaución.

Ruby había repartido la pizza. Mina tenía la mejor vista de la habitación. La propia Jen había sido la última en tirar.

«¿Y Pinky?», preguntó Roxy.

Todas miraron hacia el alféizar.

Pinky cerró los ojos.

«Testigo», dijo Jen.

«¿Por qué no sospechosa?»

«No tiene ningún móvil reconocible».

Pinky abrió un ojo y contempló las fichas.

Jen rectificó: «Todavía no tiene ningún móvil reconocible».

Repartió pequeñas fichas como identificaciones provisionales. Cada persona debía colocar la suya en un lugar visible. Mina puso la suya sobre el respaldo del sofá. Pinky no recibió ninguna. En su lugar, ocupó el reglamento cerrado de Jen.

«Se abre la sesión», dijo Jen.

II. El último avistamiento

El dado había sido visto por última vez a las veinte catorce.

Lena había sacado un tres. Después le tocaba a Roxy, pero primero se había puesto a buscar la aceituna. Ruby abrió la segunda caja de pizza. Nika explicó una regla que nadie había cuestionado. Mina se levantó para rellenar el cacao. Jen barajó las cartas de evento.

En aquellos dos minutos, el dado desapareció.

«¿Quién ha tocado la mesa?», preguntó Jen.

Todas levantaron la mano.

«Eso no ayuda».

Reconstruyeron la distribución de los asientos. Lena a la izquierda del tablero, Ruby a la derecha y Roxy enfrente. Nika junto a la botella de cola. Jen en la cabecera. Mina a dos metros de distancia, en el sofá, aunque su alcance nunca podía calcularse con fiabilidad debido al botón rojo de los sofás.

Al principio, Pinky había estado junto a la ventana. Al menos, eso creían todas. Nadie sabía decir cuándo había pasado al reglamento.

Jen trazó una línea temporal. Entre las veinte catorce y las veinte dieciséis apareció una zona oscura.

Pidió a todas que escribieran sus recuerdos con precisión de segundos. Lena entregó una tabla. Ruby dibujó la caja de pizza. Roxy escribió: aceituna perdida, rodilla mesa, música en algún sitio. Mina

devolvió una hoja en blanco y explicó que durante aquellos dos minutos no se había preocupado por la hora.

La foto del móvil de Nika fue lo más útil. Mostraba la mesa a las veinte catorce y treinta y siete segundos. El dado aparecía medio escondido tras la botella de cola. En el reflejo del cristal también se veía la cola de Pinky.

«Ya estaba junto a la mesa», dijo Jen.

Pinky continuó con su aseo como si las marcas de tiempo fuesen una extravagancia humana.

«Dos minutos», dijo Jen. «Todo ocurrió dentro de ellos».

Mina bebió cacao. «O no ocurrió nada. El dado es pequeño».

Jen también lo anotó.

III. Las pruebas

Bajo la lámpara aparecieron indicios.

Una huella dactilar de salsa de tomate sobre el tablero. Dos cabellos azul petróleo en una carta. Una partícula de purpurina junto a la botella de cola. Una muesca reciente en la mesa. Tres migas con distintos niveles de condimento.

Cada indicio incriminaba al menos a tres personas y no exculpaba a nadie.

La huella de tomate pertenecía probablemente a Ruby, a Roxy o a la pizza. Los cabellos serían de Jen, aunque podían llevar allí varios días. La purpurina coincidía tanto con la sombra de ojos de Roxy como con una carta de evento protagonizada por un dragón brillante. La muesca era más antigua de lo que parecía.

Jen colocó cada indicio sobre una servilleta distinta.

Pinky saltó del reglamento a la mesa. Olfateó la huella de tomate, se sentó sobre la servilleta de los cabellos y lanzó un zarpazo a la partícula de purpurina.

«La testigo está alterando la escena», dijo Lena.

Jen bajó a Pinky con cuidado. Pinky volvió a subir de inmediato.

La comisión se reunió a puerta cerrada tras cuencos de patatas fritas. El público, formado únicamente por Pinky, mostró poco respeto por el procedimiento.

Jen numeró las servilletas. La prueba número uno era la huella de tomate; la dos, los cabellos; la tres, la purpurina. La cuarta iba a ser la muesca, pero la mesa no cabía sobre una servilleta. Lena la dibujó a escala.

Ruby acercó una pequeña lámpara de escritorio. Bajo la luz oblicua, una fina pista brilló en el polvo de migas. Partía de la posición original del dado, se dirigía hacia el reglamento y terminaba allí de forma abrupta.

«Rastro de rodadura», dijo Jen.

Nika se inclinó. «O alguien ha pasado el dedo por las migas».

Pinky se estiró y trazó con la pata una segunda pista paralela.

La recogida de pruebas se complicó.

IV. El primer registro

Jen empezó bajo la mesa.



Con una linterna y el cuaderno, se arrastró entre las patas de las sillas. Encontró una moneda, tres cartas de juegos diferentes, un pendiente perdido desde hacía mucho y suficientes migas de pizza para formar una expansión propia.

Ningún dado.

Roxy iluminaba desde el otro lado. Lena levantó las sillas una a una. Nika fotografió el suelo para superponer después una cuadrícula. Ruby descubrió que el pendiente era suyo y llevaba desaparecido desde febrero.

«La noche ya ha sido un éxito», dijo.

Jen examinó los rodapiés. Un dado podía rodar, rebotar y desaparecer bajo los muebles. Sin ayuda, sin embargo, no podía salir de la habitación.

Debajo del sofá, Mina encontró dos gomas para el pelo, una cuchara y un botón rojo que, por precaución, no pulsó.

Pinky contemplaba el registro desde la mesa. Su cola golpeaba lentamente la caja de pizza.

«¿Ha mirado alguien dentro de la caja?», preguntó Jen.

Ruby la abrió.

Solo pizza.

La investigación tenía más hambre, pero no más respuestas.

Jen se arrastró bajo la mesa por segunda vez, ahora siguiendo la dirección de rodadura calculada. El haz de la linterna recorrió madera, polvo y piezas extraviadas. Detrás de una pata encontró un pequeño arañazo a la altura de un dado.

Colocó el dado de repuesto en la posición inicial y lo empujó. No tocó el arañazo. En el segundo intento, tampoco. Solo cuando Roxy tocó la mesa al mismo tiempo cambió la trayectoria.

«El mueble estuvo implicado», concluyó Jen.

Mina miró desde el sofá. «¿También vas a interrogarlo?»

Jen golpeó la pata de la mesa. Respondió con un sonido sordo.

«Se niega a declarar», dijo, y lo anotó.

V. Las declaraciones

Jen interrogó a cada persona por separado.

Lena declaró con precisión que durante el periodo en cuestión había leído la página doce del reglamento. Allí no ponía nada útil, lo que hacía creíble su testimonio.

Roxy admitió que nunca había encontrado la aceituna. En su lugar, descubrió una ficha bajo la mesa y volvió a colocarla. Ya no recordaba cuál.

Ruby explicó que tenía ambas manos ocupadas con pizza. La salsa de tomate lo confirmó de manera impresionante.

Nika señaló que un dado no dejaba rastro digital. Jen anotó la rapidez inusual con que lo había dicho.

Mina recordaba un leve chasquido. «Tal vez un dado. Tal vez una taza».

«¿Desde qué dirección?»

Mina señaló de forma general la habitación.

Pinky fue interrogada en último lugar. Jen se sentó delante de ella y dejó una ficha en el suelo.

«¿Has visto algo?»

Pinky tocó la ficha con la pata y la empujó bajo la estantería.

Jen la vio desaparecer.

«Eso es una pista o una amenaza».

A continuación, Jen colocó un terrón de azúcar blanco ante Pinky para comprobar su reacción. Pinky lo olfateó y se volvió. El dado azul de repuesto recibió

un zarpazo. Una cuenta redonda de madera fue empujada de inmediato bajo la estantería.

«Prefiere lo que se mueve», dijo Lena.

«Todo se mueve si Pinky se interesa lo suficiente», respondió Mina.

Jen probó distintos tamaños y materiales. Cinco minutos después, había fichas por toda la habitación, Pinky estaba sentada en el centro muy satisfecha y la comisión había demostrado que a los gatos les gustaba empujar cosas. La conclusión era científicamente sólida y casi inútil para la búsqueda concreta.

VI. La teoría del rebote

Nika reconstruyó el último movimiento del dado.

Buscaron uno de repuesto en otro juego. Era azul, algo mayor y, por tanto, solo parcialmente comparable. Jen marcó la posición original. Lena repitió su lanzamiento.

El dado azul rodó contra la botella de cola, rebotó hacia un lado y se detuvo junto al tablero.

En el segundo intento golpeó la base de la botella con otro ángulo, chocó contra una ficha y cayó de la mesa. Quedó bajo el sofá.

En el tercer intento salió disparado directamente hacia la caja de pizza.

Todas miraron a Ruby.

Ella volvió a abrir la caja. El dado de repuesto descansaba sobre una rodaja de salami.

«Eso solo demuestra que a los dados les gusta la pizza», dijo.

Jen examinó la caja a fondo. Ningún segundo bulto, ninguna marca en el queso, ningún dado blanco.

En el cuarto intento, Pinky interceptó el dado azul con una pata.

Silencio.

Pinky lo sujetó un instante y después lo empujó fuera de la mesa.

«Nuevo móvil», dijo Jen.

Repitieron la prueba a menor velocidad. Pinky volvió a atrapar el dado. La tercera vez lo dejó pasar y golpeó la ficha. La cuarta se sentó sobre el punto de partida marcado, de modo que ningún lanzamiento pudo realizarse.

«El comportamiento es incoherente», dijo Nika.

«El comportamiento es gato», dijo Mina.

Jen dibujó tres flechas en su cuaderno. Una terminaba bajo el reglamento, otra en el suelo y otra directamente junto a Pinky. Las rutas no se contradecían. Solo mostraban que Pinky no reconocía una configuración experimental repetible.

VII. La gata en el acta

Pinky fue declarada sospechosa oficial.

El procedimiento exigía una identificación. Jen colocó ante ella una pequeña figura de gato. Pinky la olfateó, la tumbó y se sentó encima.

«Identidad confirmada», dijo Nika.

Recopilaron posibles móviles: estímulo del movimiento, instinto de juego, desagrado ante reglas poco claras, derecho general sobre todo lo que rodaba. Pinky había tenido ocasión en todo momento. Su ruta entre la ventana, la mesa y el sofá no estaba documentada.

A su favor, nadie había oído rodar nada. Además, el dado no se encontraba en los escondites felinos habituales: alfombra, estantería, cortina o manta de Mina.

Jen examinó el collar, la cesta y la caja favorita de Pinky. Pinky la siguió y observó cada movimiento con indignación creciente.

En la caja había una goma para el pelo, una estrella de papel y un guisante seco.

«Propiedad confiscada», dijo Mina.

El dado no estaba allí.

Pinky saltó a la silla de Jen y se hizo un ovillo.

La principal sospechosa se durmió durante el interrogatorio.

Jen la miró con la incómoda sensación de que una gata dormida parecía mucho más inocente que una persona con coartada. Pinky había escondido las patas delanteras bajo el pecho y respiraba despacio. Ni siquiera sus bigotes revelaban nada.

«Podríamos cerrar el caso sin resolver», propuso Ruby.

Jen se volvió hacia ella.

Ruby levantó ambas manos para apaciguarla. «Solo era una idea. Mala. Ya se ha ido».

Jen sacó la cinta métrica del cajón de los juegos y midió la distancia entre el borde de la mesa y todos los escondites accesibles. El dado solo habría alcanzado la estantería a una velocidad inusual. La cortina quedaba fuera de cualquier trayectoria directa. Bajo la manta de Mina habría producido un golpeteo audible, salvo que la manta ya contase como zona especial insonorizada.

Mina se la ciñó más. «Cuenta».

Jen anotó: zona especial no registrable.

VIII. La comisión de investigación

A las veintidós horas, la búsqueda se convirtió en una comisión.

Jen colgó en la pared un croquis de la mesa. Unos hilos conectaban asientos, indicios y posibles trayectorias. Cada teoría recibió un color. Diez minutos después, la pared parecía un mapa de varias rutas de montaña poco razonables.



Lena levantaba acta. Nika calculaba probabilidades. Roxy repartía pizza. Ruby vigilaba los dados de repuesto para evitar que el caso creciese.

Mina solicitó un descanso.

«Denegado», dijo Jen.

Mina se tumbó. «Entonces me lo tomo sin autorización».

La comisión examinó tres hipótesis: el dado se había caído; alguien se lo había guardado por accidente; el dado seguía sobre la mesa, pero en un lugar que nadie consideraba parte de la mesa.

La tercera teoría surgió porque Pinky estaba sentada sobre el cuaderno de Jen.

Jen levantó a la gata. Debajo no había nada salvo el cuaderno cerrado.

Pinky se sentó sobre la caja de pizza.

La comisión suspendió la sesión durante treinta segundos para comer.

Después ampliaron el mapa de la pared. Jen dibujó la mesa a escala, hasta donde seguía siendo posible hablar de escala después de que Roxy agrandase la zona occidental del tablero con una mancha de grasa. Lena numeró las pruebas. El terrón de azúcar recibió el número siete, aunque nadie sabía por qué era una prueba. La aceituna de Ruby obtuvo el ocho y fue ingerida poco después.

«Destrucción de pruebas», dijo Jen.

«Hambre», dijo Roxy.

Nika construyó una secuencia aproximada con dos fotos del móvil. En la primera, el dado todavía estaba junto a la ficha de Lena. En la segunda, la mano de cartas de Jen tapaba el lugar. En la tercera, Pinky ocupaba el centro de la imagen y miraba tan directamente a la cámara que parecía haber autorizado la fotografía.

Entre la primera imagen y la tercera transcurrieron cuarenta y siete segundos. Cuarenta y siete segundos en los que seis personas habían hablado, una gata había saltado, una aceituna había caído y una regla se había entendido mal. Jen consideró aquella variedad de posibilidades insultantemente amplia.

Rodeó la silueta de Pinky. «Necesitamos una segunda reconstrucción».

Pinky abrió un ojo, volvió a cerrarlo y se abstuvo.

IX. La segunda reconstrucción

Después de la pausa no reconstruyeron el lanzamiento, sino a las personas.

Cada una ocupó su posición original. Ruby abrió la caja. Roxy se agachó a por la aceituna. Nika explicó la regla. Mina fue a buscar cacao. Jen barajó las cartas. Lena colocó el dado de repuesto en el lugar del original.

Entonces se movieron a cámara lenta.

La rodilla de Roxy golpeó ligeramente la mesa. La botella de cola se tambaleó. El dado rodó dos centímetros. La pila de cartas de Jen lo empujó un poco más. Pinky saltó de la ventana a la mesa.

Su pata aterrizó justo al lado del dado.

«Alto», dijo Jen.

Todas se quedaron inmóviles.

Pinky, por supuesto, no. Atravesó el tablero, se sentó sobre el reglamento y bostezó.

El dado de repuesto había desaparecido.

«Otra vez no», dijo Ruby.

Jen levantó el reglamento. El dado azul estaba debajo.

Pinky lo había empujado hasta allí con la pata.

Ahora conocían el método. Solo quedaba por descubrir el lugar donde había terminado el dado blanco.

X. El falso hallazgo

La búsqueda se concentró en los objetos planos.

Sacudieron reglamentos, dividieron barajas y desplegaron servilletas. En la tapa de la caja de pizza encontraron un dado blanco.

Jen lo levantó triunfalmente.

Tenía letras en lugar de puntos.

«Es del juego de palabras», dijo Lena.

Nadie sabía cómo había llegado a la caja de pizza. El hallazgo se apartó por no ser relevante para el procedimiento.

Bajo una carta había un terrón de azúcar. Junto a la botella encontraron un pequeño dado de queso. Lin entró un momento, solo oyó «buscamos un cubo» y trajo un bloque de madera del taller.

La mesa se llenó de dados falsos.

Pinky los observó atentamente.

Jen colocó los hallazgos en fila: dado de letras, terrón de azúcar, dado de queso, bloque de madera y dado azul de repuesto. Era un pequeño desfile de geometría engañosa. Roxy quiso ponerles nombres. Lena lo prohibió porque, según su experiencia, las pruebas bautizadas ya no podían tirarse.

El bloque de madera era demasiado grande. El queso, demasiado blando. El azúcar empezaba a disolverse por los bordes. Solo el dado de letras tenía aproximadamente el tamaño correcto, pero ninguna cara mostraba puntos. Jen lo giró hasta dejar arriba

las letras S, E e I.

«Casi seis», dijo Nika.

«Esta comisión está cansada», constató Lena.

Pinky alargó una pata y empujó el terrón de azúcar. Se deslizó contra el cuaderno de Jen y quedó junto al borde posterior de la cubierta.

Jen se detuvo.

Se echó hacia atrás. Tal vez estaban buscando demasiado un objeto y demasiado poco una acción. Pinky no empujaba las cosas muy lejos. Las sujetaba, las ocultaba o se sentaba encima.

Jen miró el cuaderno.

Estaba abierto. Pinky ya no se sentaba sobre él.

XI. Bajo la declaración

Jen volvió a la primera página.

Sus notas empezaban con la línea temporal. Debajo había enumerado a las sospechosas. Las páginas parecían más gruesas de lo habitual.

Levantó el cuaderno y lo sacudió.

No cayó nada.

Pinky saltó a la mesa, apoyó una pata delantera sobre el papel y miró a Jen.

«¿Me permites?», preguntó Jen.

Pinky levantó la pata.

Debajo había un pequeño bulto. Jen pasó los dedos. Algo duro estaba atrapado entre la cubierta y las páginas.

Abrió el bolsillo de la contracubierta.

El dado blanco salió rodando.

Mostraba un seis.

Jen inclinó el cuaderno. El bolsillo estaba pensado para papeles sueltos y quedaba abierto unos milímetros por el borde inferior. Justo lo suficiente para que entrase un dado cuando un reglamento pesado lo empujara contra la abertura. Una pálida pista de polvo de papel cruzaba la cubierta. Iba desde el lado de la mesa hasta la ranura.

Jen había llevado en la mano la prueba más importante durante toda la noche. Con ella había anotado líneas temporales, interrogado a testigos y observado a las sospechosas. Incluso había colocado

una vez el cuaderno sobre el diagrama de trayectorias sin notar el peso de su interior.

«La investigadora era la escena del crimen», dijo Nika en voz baja.

Roxy se mordió el labio, aguantó tres segundos y después se rio tan fuerte que Pinky giró las orejas.

Jen miró el cuaderno, luego la pared llena de flechas y, por último, el pequeño dado blanco. «Esto no entra en el acta».

Lena levantó el bolígrafo. «Ya está en el acta».

Durante un instante, nadie dijo nada. Entonces Roxy aplaudió. Ruby alzó un trozo de pizza. Lena cerró el acta.

Pinky se sentó sobre la mano de Jen y empezó a ronronear.

«No lo robó», dijo Mina. «Lo confiscó».

Jen contempló a la gata. «¿Por unas reglas poco claras?»

Pinky ronroneó con más fuerza.

XII. El veredicto

La comisión llegó a la siguiente conclusión:

El dado había abandonado su posición original por una combinación de golpe en la mesa, movimiento de cartas y pata felina. Pinky lo había empujado bajo el reglamento. Cuando Jen dejó después el libro sobre su cuaderno, el dado se deslizó al bolsillo de la cubierta.

Ningún robo. Ningún sabotaje. Custodia negligente con participación felina.

La comisión también determinó que, en el futuro, el cuaderno de Jen debía registrarse antes de iniciar cualquier investigación. Jen presentó una objeción contra el añadido. Lena la anotó y escribió a continuación: rechazada por la evidencia manifiesta.

Roxy exigió la absolución oficial de la aceituna. Ruby exigió lo mismo para la pizza. Nika solicitó que se retirase del acta la afirmación de que había hablado «demasiado rápido» de rastros digitales. Mina no pidió nada; hacía tiempo que se había refugiado otra vez bajo su manta y consideraba que la resolución del caso era suficiente para cerrar la jornada.

Pinky fue amonestada por falta de arrepentimiento. La amonestación no tuvo ningún efecto apreciable.

Jen añadió una norma de la casa: a partir de entonces, los dados se guardarían en un cuenco. Pinky recibió su propio sitio junto al tablero y una

bola blanda de fieltro que podía confiscar oficialmente.

Lena recuperó su tirada original. Tres. Siguió detenida ante el puerto de montaña.

«Ahora el dado muestra un seis», señaló Roxy.

«Las pruebas no se reinterpretan con efecto retroactivo», dijo Jen.

La partida podía continuar.

Final - Nueva ronda

Pinky recibió permiso oficial para tirar el dado.

La regla era sencilla: Jen dejaba el dado delante de ella, Pinky lo empujaba fuera de la mesa y valía el resultado del suelo. En el primer intento salió un seis. En el segundo también. En el tercero, otra vez.

Jen miró a la gata durante mucho tiempo.

Pinky permanecía inmóvil, con las patas delanteras bien juntas. Su cara solo expresaba una inocencia ministerial.

«Estadísticamente llamativo», dijo Nika.

«Técnicamente posible», dijo Lena.

«Mucho talento», dijo Roxy.

Jen tomó el dado, examinó todas sus caras y tiró. Dos.

Pinky tiró. Seis.



La habitación quedó en silencio.

Jen abrió el cuaderno por una página nueva. «Nadie sale de la habitación».

Mina se subió más la manta. «¿Otra vez?»

«Segunda comisión de investigación».

Pinky saltó al cuaderno y se sentó exactamente sobre la página en blanco.

El procedimiento quedó aplazado.